



Círculo Rojo

Los imitadores

Ricardo Pérez García



Primera edición: febrero 2020

Depósito legal: AL 236-2020

ISBN: 978-84-1350-330-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ricardo Pérez García

© Maquetación: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: Ricardo Pérez García con recursos de Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto,
ecológico.

A los patrones del *Pelusa*,
por las adolescencias

Nota del autor

A lo largo de este relato, no se hace mención alguna a niños o adolescentes con trastornos o dificultades del aprendizaje, dislexia, discalculia, trastornos del lenguaje u otros, así como tampoco se menciona a niños o adolescentes con hiperactividad o con trastorno por déficit de atención.

Sin embargo, sí pretende ser de ayuda para todos aquellos niños, adolescentes o adultos que, por una razón u otra, se han sentido diferentes y desplazados a lo largo de su vida. Lo hago desde el más profundo respeto hacia todos ellos.

Finalmente, quiero aclarar que todos los personajes de este relato, así como los pueblos y ciudades que en él aparecen, son ficticios y que cualquier parecido con la realidad no es más que un fruto fortuito de la estadística.

El beneficio íntegro de la primera edición de esta novela será donado a ANHIPA (Asociación de niños hiperactivos del Principado de Asturias).

www.anhipa.com

Muchas gracias por tu colaboración.

Prólogo

Cuando Ricardo me comentó que estaba escribiendo otro libro y que me ofrecía la posibilidad de escribir su prólogo me hizo muchísima ilusión. No solo porque iba a ser la primera vez que lo haría, sino porque para mí que un buen profesor de Matemáticas con una empatía y paciencia admirable quisiera que yo, una simple madre, apareciera en su libro, era algo que no me podía creer. Soy una madre como otra cualquiera, pero con la diferencia de que uno de mis hijos tiene TDA (trastorno por déficit de atención) y dislexia, y me gustaría contaros cómo mi idea sobre cómo sería la vida de mi hijo cambió por completo el día que me dijeron que su ritmo de aprendizaje no sería el mismo que el del resto de sus compañeros en la escuela.

Cuando mi hijo estaba en la guardería, sus educadoras nos decían siempre a mi marido y a mí que era un niño muy tranquilo y observador. Pero lo que parecía que lo ayudaría en un futuro para sus estudios pasó a ser todo lo contrario. Durante la etapa de infantil, nuestro pequeño se quedaba día sí y día también castigado sin recreo, mirando hacia la pared o incluso con celo en la boca para que no pudiera hablar porque su maestra consideraba que esa actitud era pasiva y que parecía que la observaba y escuchaba, aunque, en realidad, «le entraba por un oído y le salía por el otro», no era la adecuada y tendría que ser y comportarse como sus compañeros, si no quería seguir con esas «consecuencias».

Seguida a esta etapa vino primaria. Aquí la exigencia ya era un poquito mayor, pero en el colegio seguían valorando del mismo modo a todos los alumnos de cada clase, y con nuestro príncipe las cosas seguían regular. Su nueva maestra continuaba

diciéndonos que el ritmo de aprendizaje no era el mismo que el de sus compañeros y que, por eso, tendría las oportunas «consecuencias»”, que en este caso nos llevaron a tener que cambiarlo de colegio porque veíamos que nuestro hijo con tan solo 6 años ya tenía un nivel de agotamiento y ansiedad muy alto debido a todo el esfuerzo que tenía que realizar para intentar llegar al ritmo de sus compañeros, pero le era difícilísimo, por no decir imposible, porque seguían exigiéndole de la misma manera que a los demás. Con el cambio de colegio, su ansiedad fue disminuyendo ya que hizo nuevos amigos, y los maestros y maestras de ese nuevo centro parecía que lo entendían muy bien y se adaptaban a su ritmo de aprendizaje, al mismo tiempo que lo valoraban y le hacían sentirse seguro. Aún recuerdo la frase de un buen maestro de Matemáticas que tuvo en quinto y sexto: «sigue así y nunca dejes que nadie diga que no puedes hacer algo».

Pero la etapa terminó y, aunque creíamos que su paso a secundaria no sería muy duro ya que permanecería en el mismo centro, nos equivocamos. Los profesores dejaron de ser maestros, y aquí sí que exigían a todos los alumnos que hicieran lo mismo y al mismo ritmo. Intentamos por todos los medios que se pusieran todas las medidas oportunas para que nuestro hijo pudiera seguir el ritmo de la clase, pero aunque por parte de un pedagogo, que actuaba como PT con él, se hacía todo lo posible para ayudarlo y hacer que se sintiera bien en clase (tanto con los compañeros como con los docentes), no era capaz de seguir el ritmo de los demás alumnos porque nuevamente querían que su aprendizaje fuera de la misma manera que la del resto de alumnos, pero nuestro príncipe no aprendía del mismo modo y rapidez que sus iguales, y eso no gustaba a muchos docentes. Aún recuerdo aquel día en el que llegó a casa hecho polvo porque su profesor de Inglés le había dicho delante de sus compañeros: «¿Cómo puedes pensar que vas a sacar un 7’5 en el examen si tú nunca vas a conseguir sacar eso?». Esta etapa fue

tan dura para él que en el último trimestre del primer curso de la ESO decidimos cambiarlo de colegio porque su estado de salud se estaba viendo perjudicado a causa del nivel tan alto de ansiedad que le creaba estar en un aula y colegio donde nadie creía en él (ni sus compañeros, ni sus docentes). En los recreos, se dedicaba a deambular solo, con las manos en los bolsillos, por el patio del colegio esperando que algún grupo de adolescentes, que se suponía que eran sus compañeros y amigos desde la etapa de primaria, se acercarán a él para invitarlo a unirse al grupo (era muy duro ver esa imagen, y eso nos tocó verlo muchas veces a mi marido y a mí). Era como si todo el colegio se hubiera unido para pensar lo mismo de una persona que tenía un ritmo de aprendizaje diferente al resto, para ignorarlo y hacerlo sentir aislado, raro y hundirlo cada día más. Y entonces empezó en un colegio nuevo, con unos compañeros nuevos, en una localidad nueva y donde ya desde el primer día tanto su director como su tutora le demostraron que creían en él y que viendo todo el esfuerzo que estaba poniendo sacar adelante sus estudios, ellos iban a adaptarse a su ritmo de aprendizaje y a sus capacidades. Y así fue. Hoy en día ya está en tercero de la ESO, sigue costándole aprender al mismo ritmo que el resto de sus compañeros, pero eso da igual porque sus docentes no ven sus dificultades como algo malo, porque saben valorar el esfuerzo y la constancia que tiene. Además, con sus compañeros tiene muy buen rollo. Ha ganado seguridad y confianza en sí mismo, y es capaz de ir a preguntarle las dudas a sus profesores o compañeros sin miedo a que se rían de él (aunque en una época pasada lo hubieran hecho en los otros colegios). Mi hijo me ha enseñado a cambiar mi mirada hacia la vida. Me ha enseñado a levantarme después de varias caídas en picado, con más fuerza aún. Porque él tiene una resiliencia extraordinaria, capaz de hacerle superar el bache más grande que pueda encontrarse en su camino. Y porque sabe que si cree en sí mismo podrá conseguir lo que se proponga. El

sistema educativo y la sociedad en general de nuestro país, a pesar de que parece que haya evolucionado, está inmersa en una idea nefasta de pretender que todas las personas tenemos que tener las mismas capacidades y ser de la misma condición, apariencia, gustos... porque si nos salimos de lo «normal» (o de la zona de confort) todo se complica y nada vale la pena, pero es una idea equivocada porque la diferencia es la base de la evolución; de lo contrario la vida sería cuadrículada y aburrida.

Laura Collado
Madre de un niño con TDA y dislexia

Los imitadores

Ricardo Pérez García

I

El pueblo se llama Anfitea. Se trata de uno de esos pueblecitos costeros que se satura de turistas durante los meses de verano y se vacía el resto del año, quedando poblado entonces por apenas un puñado de vecinos que protesta tanto por el exceso de gente durante la época estival como por su falta en la temporada de invierno.

Es un anfiteatro natural. Como en un hemiciclo, sus vecinos tienen la visión perpetua del mar que lo envuelve todo, confundiendo en ocasiones quién mira a quién, observando siempre y sintiéndose observados por el eterno, aquel en el que dios y el diablo juegan a los dados. Las de los paisanos naturales de allí, los anfitieños, son vidas ligadas al mar, bien sean marineros de profesión o panaderos, maestros, electricistas o camareros. El mar lo envuelve todo y lo decide todo. Como un juez.

Es habitual encontrar pieles ajadas por el sol y el salitre, curtidas las miradas en horizontes y madrugadas, paseando por el puerto, recordando, supongo, otras épocas mejores, quién sabe si cuando los piratas se distinguían por su parche en el ojo y su pata de palo y no por su traje marengo como hoy en día, o recordando, también es posible, aquella otra época en la que funcionaba el trueque en lugar de, como hacemos ahora, especular con piezas metálicas que no tienen más valor en sí que el que les damos, necios y absurdos. Es una población envejecida pero mantenida en salmuera, de modo que incluso con esas caras atezadas y marcadas por multitud de valles y cordilleras no aparenta la edad que tiene. Esas miradas que esconden palabras son las miradas más habituales, si bien, en ocasiones, se distingue

algún adolescente en su camino a ninguna parte y a todas, tal y como caminan los niños a esa edad en la que ya dejan de serlo. Aún con esa edad media de los vecinos más o menos avanzada, si alguien mira con cuidado, comprueba que los adolescentes lo pueblan todo, como una plaga, dando el contrapunto fresco como lo hace la hierbabuena en una ensalada cualquiera.

Muchos de ellos se congregan alrededor de la lonja a ver pasar a los turistas, en la época en la que abundan, o a los pocos vecinos que saludan alzando la cabeza en época invernal. Otros pocos pasean por el puerto aireando a los cuatro vientos pamemas adolescentes con ese fin que habitúan que no es otro más que el de ver reconocida su propia existencia. Por otra parte, los menos atrevidos se esconden al final de la playa o en el extremo del muelle donde unos bloques de hormigón protegen tanto al puerto del envite del oleaje como a los imberbes de los que hablo de aquellas miradas impertinentes de los vecinos más ociosos del pueblo. Todos ellos, a su manera, buscan ser reconocidos, sentirse parte de algo, moldeando esas tiernas mentes hasta convertirlas en las de los adultos que serán.

Cuando paseo por el puerto, hay uno en concreto que se queda mirando fijamente mi paso mientras, acodado en una de las barandillas, obvia a sus amigos. Tiene los ojos oscuros, casi negros, y con el pelo moreno prácticamente rasurado en la nuca y en los laterales de la cabeza y va adquiriendo cierta longitud a medida que asciende en dirección a lo que llaman la parte frontal y parietal. Allí, una línea lateral, desde la sien derecha hasta la juntura con el hueso occipital, se muestra afeitada en una horizontal perfecta. Finalmente, el flequillo absurdo lo mantiene ladeado apartándolo continuamente de la cara con movimientos rítmicos de cabeza, que bien pueden confundirse con tics nerviosos o con los que habitúan las vacas cuando espantan a las moscas de sus ojos. Adorna la cara inexpresiva con dos *piercing*s: un aro en la ceja izquierda y otro en la aleta, también izquierda,

de la nariz. La otra ceja la tiene también afeitada con dos líneas paralelas, dando la sensación de continuidad con la línea horizontal nacida en la sien. Tiene esa caída de ojos con la que miran los terneros que tienen suficiente forraje, demostrando esa falta de interés característica a esas edades. Un tatuaje le cubre el hombro también izquierdo; varias medias lunas entrelazadas recordando a aquellos tatuajes vikingos que conmemoraban el respeto a la noche.

Quizás motivados por el hábito de verlos todos los días, no queremos aceptar lo que tienen de iguales. Lo acertamos a ver algo tan natural que lo aceptamos como quien acepta una enfermedad terminal. Sin embargo, uno de esos días en los que estoy especialmente ocioso, me apoyo en la barandilla de la que antes hablaba y busco a los adolescentes intentando encontrar un significado oculto a lo que pasa en el pueblo, algo que ellos, como futuro que son, me esclarezcan con sus andares soberbios y carentes de previsiones. Si los miras pausado, atento a sus tics, a su forma de caminar, a sus facciones imberbes, descubres que son todos iguales. Literalmente. Exactamente iguales. Para comenzar, todos son chicos. Todos con ojos oscuros, casi negros, el cabello igualmente rasurado con las líneas que indican no sé qué propósito. El mismo flequillo. Los mismos pendientes. La caída de ojos. El tatuaje. Las mismas ropas, el mismo calzado, el mismo anillo y las mismas pulseras. El mismo sosia una y otra vez, en el parque, en el supermercado, en el colegio, en cualquier calle. Repetido hasta la saciedad como si fuesen monedas del mismo valor. Indistinguibles.

El chico que mantiene fija su mirada en mí cada vez que nos encontramos por el puerto quizás es el único que se ha dado cuenta de que soy, a su vez, el único que se ha percatado de que son todos copias de sí mismos. Sin acertar quién ha sido el molde originario, quién es el adolescente primigenio que dio comienzo al episodio absurdo que se vive en el pueblo, nos mantenemos la

mirada sin que aparezca displicencia alguna en el momento, sino más bien ese reconocimiento respetuoso que, muy de vez en cuando, asola la mirada cansada de algún adolescente. Me recuerda esa mirada reverencial del niño hacia el maestro de finales del siglo pasado. Ya no se sostienen miradas así.

Ni los turistas ni los vecinos parecen alterarse cuando, una vez tras otra, encuentran al mismo sosia repetido hasta la saciedad; se cruzan con ellos camino de la playa antes de la selfi de recuerdo —en la que también aparecen de fondo, haciendo alguna mueca en ese intento gracioso del reconocimiento por parte de la manada—, luego se cruzan a la vuelta, con otros o los mismos, sin alterar siquiera un ápice las maneras que indicarían una perturbación aceptable de lo extraño del suceso. Siempre el mismo ejemplar, el mismo sosia. Y a nadie parece importarle. En el pueblo se ha aceptado desde tiempo inmemorial y, simplemente, ya no se le da importancia. Lo extraño es que incluso los turistas, o aquellos que visitan el lugar en fechas señaladas, parecen no percatarse, parece no inquietarles, ni al menos importarles el hecho de que se topen con el mismo individuo una y otra vez. Quizás, en sus pueblos, en sus ciudades o en las aldeas de las que provienen sucede el mismo episodio.

La mirada reverencial del adolescente acodado en la baranda del puerto se me antoja de auxilio, como el náufrago que solicita socorro mientras apenas consigue mantener la cabeza a flote. Pero es un ahogado que no emite sonido alguno, tan solo grita con esa mirada de ojos negros, repetida en sus amigos, pero, a diferencia de ellos, mantiene el tono azulado de quien necesita una bocanada de aire antes de hundirse del todo. Sin embargo, el auxilio parece difuminarse cuando ríe una de las gracias de uno de sus amigos, entretenidos en ganar el tradicional concurso de lanzamiento de escupitajos hacia el agua. Veo cómo esa mirada que por un momento se me antojó reverencial, de respeto y luego de auxilio se difumina entre las de sus amigos, absorbida

por el resto de las miradas iguales, fagocitada por las miradas gemelas. Deciden irse a otro punto del pueblo a seguir con sus diatribas mientras yo los sigo con la mirada, resguardado a la sombra de la lonja donde se preparan para recibir a las primeras lanchas de la mañana. Decido, por necesidad, que aquella impresión del adolescente solicitando mi ayuda no era más que un producto perverso de mi imaginación.

En mi memoria aparecen los amigos de juventud, aquellos con los que compartí los primeros cucuruchos de gamba cocida, los helados, incluso aquellas confidencias bobaliconas relacionadas con las miradas de alguna compañera de colegio y los recuerdo distintos entre sí y, sobre todo, distintos a mí. Ni qué decir que para distinguirnos no eran necesarias esas rayas en el pelo ni los aros en la nariz; nos bastaba con mirarnos a la cara y saber que éramos Julián, Alberto o Ricardo. En Anfitea tal es el grado de concordancia que incluso se llaman igual. Todos se llaman Rafael López García. Incluso entre hermanos se repite el nombre. No recuerdo exactamente el día en que todos comenzaron a llamarse de la misma manera, pero sí el día en el que el ayuntamiento, por motivos prácticos, acordó bautizar a todos los nuevos nacidos con tres apellidos; cuando descubrieron que incluso así el 94 % coincidía de nuevo, decidieron incluir un cuarto apellido, lo que descendía el porcentaje hasta un aceptable 16 %, continuado por un número correlativo con el que evitar confusiones futuras. De este modo, el Rafael López García Pérez, pronto se convirtió, por ejemplo, en Rafael López García Pérez Muñiz 1, Rafael López García Pérez Muñiz 2, Rafael López García Pérez Muñiz 3, y así sucesivamente, encontrando, los registradores, cierto alivio en los números finales.

Mi nombre es Julián y hasta bien entrado en la madurez — esa etapa de la vida que los eternos adolescentes vivimos con disimulo— no conocí a otro Julián y, mucho menos, que

compartiese mis dos apellidos. Si bien mis compañeros de colegio y de instituto eran en su mayoría morenos, los había con el pelo más oscuro, más claro, casi negro, los había rubios con distintos tonos, incluso un pelirrojo que ponía la nota discordante a los matices habituales de nuestras cabezas. Algunos éramos más altos que otros, estaba el bajito y el más alto y, por supuesto, había niñas, también morenas, rubias, más o menos espigadas y perfectamente distinguibles entre sí. Lo que sucede en la actualidad me deja perplejo, no tanto por la repetición del mismo individuo hasta la saciedad, sino por la ataraxia con la que lo aborda todo el mundo, ese estoicismo que no entiendo ni comparto y que aquellos vecinos con los que lo comento apenas son capaces de reconocer un «sí, tienes razón», como quien asiente ante un loco. Realmente no sé si les importa o si, al aceptarlo desde siempre —en realidad ha tenido que ser aceptado poco a poco, dado que los adolescentes no han aparecido todos de repente— lo acatan como si de un mandamiento se tratase, una suerte de fe que todo lo abarca y todo lo supone. Incluso a mi mujer parece no importarles, pero ver a mi hijo —el que duerme en mi casa, con el que comparto mesa, confidencias y broncas— repetido hasta la saciedad en todos y cada uno de los adolescentes del pueblo es algo a lo que no me acostumbro. Ya desde niños podía encontrarse cierto parecido entre ellos —morenos, todos Rafa—, pero a medida que crecían el parecido se tornó a reflejo, el niño casi idéntico se volvió adolescente mielgo, mellizo, exacto. Los amigos de mi hijo solían venir a casa a jugar, a estudiar o a pasar la tarde durante las que se rascaban sus respectivas panzas mientras saqueaban la nevera de helados, pero sabía qué Rafa era el mío y cuál el del vecino o el del compañero de trabajo. Hoy en día, cuando los veo escabullirse hacia su dormitorio donde me los imagino maquinando oscuras confabulaciones, no consigo distinguir a mi hijo del resto de sus amigos, ni tan siquiera al

oírlos hablar con ese deje cansado con el que arrastran las palabras, pausado hasta la exasperación, que no sabes si han tomado alguna droga o se acaban de levantar de la siesta. Algunas noches me desvelo en mi cama considerando que se cambian de casa entre ellos —mi hijo duerme en la del vecino y el hijo del vecino en la mía— dado que somos más incapaces que nunca de reconocer a nuestros propios hijos, copias inquietantes de un mismo molde. Una vez intercambiadas las viviendas, me los imagino espiando a nuestras respectivas esposas motivados por cierta oscura desviación que hace desear a las madres, o padres, de sus compañeros de instituto dada la falta de chicas adolescentes en el pueblo. Cabría suponer una posible atracción sexual entre ellos —a fin de cuentas, las hormonas son las que mandan a esas edades—, pero no es el caso; jamás se ha escuchado en el pueblo caso alguno de homosexualidad, ni manifiesta ni encubierta, de modo que, desvelado boca arriba mirando las sombras del techo, me imagino al posible sustituto de mi hijo asomado a la puerta entreabierto de mi dormitorio para observar las formas insinuantes de mi mujer bajo las sábanas o sus piernas desnudas bajo uno de las camisetas cortas que acostumbra a vestir durante la noche. A fin de cuentas, mi mujer aún no ha cumplido los cuarenta y cinco y, al menos a mí, se me antoja que se conserva maravillosamente bien. Habitualmente me levanto a hurtadillas para comprobar que la puerta de su dormitorio se encuentra cerrada y el resto de la casa vacía tras lo cual consigo tranquilizarme un poco y conciliar de nuevo el sueño.

Mi mujer también es anfitaña. Nos conocimos trabajando juntos en un negocio de alquiler de lanchas que abre exclusivamente durante los meses de verano. Ella se encargaba de las reservas y yo de pilotar uno de los barquitos, el Pelusa, de recreo o de pesca, según los clientes. Tanto servía para enseñarles la costa como para salir a pescar o celebrar una fiesta a bordo.

Por ello afirmé antes que, en Anfitea, el mar lo envuelve todo y lo decide todo; casi toda la vida de los anfitieños gira en torno al mar, sean panaderos, mecánicos o electricistas. Algún panadero se ha atrevido a utilizar agua marina para elaborar el pan; los mecánicos han de proteger sus instalaciones del mordisco del agua salada; los electricistas también; ni qué decir de los propios marineros, o del personal de hostelería. Siempre alrededor del mar. En concreto, del mar Cantábrico, pequeño, pero con carácter, acogedor e incómodo según el día, pero sobre todo vivo. Y eterno.

Ahora tanto Julia como yo trabajamos en nuestra propia asesoría, donde capeamos los humos de nuestros vecinos frente a la administración y les hacemos las finanzas más llevaderas. Ni qué decir que conocemos más secretos contables que los del propio gobierno, pero somos tan celosos con nuestro trabajo como puede serlo un sacerdote dotado del llamado *secreto de confesión*.

Al igual que los adolescentes, Julia, mi mujer, es morena, pero no lleva el pelo cortado como ellos, gracias a dios o al diablo, no sé quién se encarga de esas cosas. Tiene la melena rizada casi negra, cortada hasta la nuca, con la tez oscura la mayor parte del año, heredada de unos abuelos mulatos de, a su vez, ascendencia africana. Su cara alargada la disimula con el cabello corto e hirsuto y su sonrisa, como el mar, lo envuelve todo, con ese achine de ojos que convierte su expresión en pícara, como la de una niña que ha hecho una travesura. Inquieta por naturaleza, nada tiene que ver conmigo, que prefiero un paseo tranquilo por el puerto antes que ir a correr, hacer senderismo, o subirme a una bicicleta de montaña. A ella también le gusta pasear, pero tras haber relajado su nerviosismo con una buena sesión de ejercicio. Tiene cuarenta y tres años y apenas aparenta treinta. Sin embargo, se incomoda cada vez que le digo que se conserva bien o que mantiene el tipo en lo que pretende ser un piropo.

Siempre contesta que lo que importa es lo de dentro, tocando repetidamente su cabeza con el dedo índice. Y, en el fondo, es cierto; lo que me atrajo inicialmente de ella, allí en el puerto mientras acomodábamos a los turistas en la lanchita, no fue tanto su cuerpo moldeado como su habilidad para capear los requerimientos y las impertinencias de los clientes. Me atrajo que parecía sentirse como pez en el agua allí donde estuviese. Parecía estar cómoda en cualquier situación y si el momento resultaba incómodo por uno u otro motivo, la descubría dándole con habilidad un giro que me dibujaba indefectiblemente una sonrisa en la boca.

A medida que pasaban los años, la he visto volverse más holgada en cuanto al control que mantenemos sobre nuestro hijo. Y yo también. Me refiero a que, actualmente, apenas hacemos caso a los inquietantes requerimientos o a las habituales exigencias de Rafael, nuestro hijo, frente a la atención casi absoluta que le brindábamos cuando era más niño, menos adolescente. Siempre que lo comentamos con otros padres y madres nos contestan: «es lo normal, ahora que son adolescentes tienen que ir tomando sus propias decisiones» e, indiscutiblemente, me pregunto si los únicos responsables de la exactitud que hay actualmente entre ellos, no la tenemos nosotros, dado que jamás los hemos dejado madurar de forma natural, siempre a su alrededor controlándolo todo, con la exclusiva intención de ser buenos padres, pero evitando esa madurez paulatina y natural de la manzana que cuelga del árbol. Quizás por esa misma razón tampoco queremos darnos cuenta de lo iguales que son; para no reconocer nuestra propia culpabilidad.

Decidí volver a casa tras comprobar que aquel Rafael que me sostuvo la mirada hacía unos minutos ya no lo conseguía distinguir en ningún punto del puerto. No sé muy bien por qué

lo había seguido con la mirada; quizás con la intención de comprobar si él también volvía la cabeza y regresaba corriendo a confesar, confidente, «yo también sé que todos somos iguales. Qué carajo pasa en este pueblo». Pero nadie regresó. Se perdió con sus amigos a lo lejos y dándome media vuelta regresé a mi casa donde, calculé, estaba a punto de llegar mi mujer de su habitual carrera matutina. Vivíamos no muy lejos del puerto — en un pueblo como este, las distancias no existen—, y me gustaba volver a casa ascendiendo el río que divide al pueblo en dos, aunque, de ese modo, daba un rodeo mayor del estrictamente necesario. En días como aquel aún se veían turistas —era finales de verano—, pero no había el bullicio de hace apenas un mes, donde el ajetreo era tal que apenas se podía ver un metro cuadrado de asfalto sin ocupar. Es inevitable pasar por delante de la iglesia, una vez se deja atrás el puerto. Apenas le dirijo una mirada, dada mi mala relación con todo lo que representa: desde que la he descubierto como la mayor empresa del mundo, todas las oraciones, las confesiones, los ruegos, las súplicas, la comunión, lo hago en solitario. Todo el mundo cree que soy ateo; sin embargo, soy más creyente que el propio sacerdote. Eso es lo que me molesta.

Una vez superada la iglesia, me encuentro con la plaza donde se sitúa otra casa de piratas; el ayuntamiento. Si apenas presto atención a la iglesia, a la casa consistorial menos todavía. Me considero uno de esos vecinos que echan de menos a los piratas de pata de palo y parche en el ojo; no me gustan los disfraces establecidos con los que nos toman el pelo. Pero no por ello, por los dos primeros puntos del regreso, dejo de disfrutar del paseo. Para evitar esas miradas hacia los templos del pecado y las manipulaciones, mantengo la cabeza fija en el río, encontrando a las truchas que se muestran estoicas bajo mi mirada, quizás sabedoras de la veda que las protege durante todo el año, o a los patos, que fueron introducidos en el río cuando yo era

adolescente, hace ya unos cuantos años. En esta época del año aún discurre poca agua —la época seca se hace notar cada vez con mayor crueldad—, por ello algún perro baja a refrescarse con el permiso de su dueño, perro que no duda en correr tras los patos que huyen río arriba en busca de un refugio que los proteja de perros, políticos y curas. Tras ascender unos metros más a lo largo del río, una vez pasada la plaza del ayuntamiento, se encuentra el mercado de abastos, donde me maravilla respirar el leve tufillo a pescado que emana de allí, después del ajetreo de la mañana, donde se expone el pescado fresco que llega del día. Suelo detenerme allí unos minutos a respirar aquel aroma, como si del perfume más puro se tratase, porque me transporta a mi niñez, cuando íbamos a pescar con algún despojo que nos daba algún pescadero o con algún otro recogido de la basura de ese mismo mercado, y regresábamos a casa con aquel aroma a mar, a pescado muerto, fresco, pero ya muerto, en descomposición, pero sintiéndonos parte de aquel mar que nos acababa de brindar sus frutos. Cuando considero que el momento se extiende más de lo prudente, sigo ascendiendo por los meandros que nos ofrece el río, llamado *río Gris* por los lugareños, si bien su nombre oficial es río de los Anfiteatros, dado que los meandros por los que discurre son tan cerrados que se asemejan a dichos hemicírculos. Tras el siguiente meandro, donde descubro a los patos que huyeron despavoridos desde la plaza del ayuntamiento, aparece uno de los siete puentes que cruzan el río: una suerte de viaducto reconvertido en carretera hace demasiados años. Siempre que cruzo por debajo me detengo también a escuchar el eco que produce el río, incluso con el escaso curso de agua que lleva en esta época seca, el sonido se amplifica hasta límites insospechados produciéndome, en ocasiones, una sensación de desasosiego que, en lugar de intranquilidad, me mantiene alerta, evitando perderme nada de aquel espectáculo: el transcurrir lento del río, los patos

mirándome curiosos, alguna trucha saltando distraída, envuelto en ese sonido imperturbable que hace el agua al correr. Es la sensación amplificadas de ver una de esas películas en el cine en las que el sonido parece llegar de todas partes. Tras el siguiente puente, se encuentra mi casa, un piso de dos habitaciones con una hipoteca interminable.

—Hola —me recibe Julia nada más escuchar mi llave en la cerradura—. ¿Has llegado?

Siempre me han hecho gracia esas preguntas retóricas a las que, si bien tardé en acostumbrarme, siempre acompaño con una sonrisa.

—Hola. No. Estoy en el muelle todavía —bromeé—. ¿Cómo estás?

—Acabo de salir de la ducha. Dame un momento.

La casa olía al jabón de lavanda que utilizaba desde que la conocí. Si bien no se caracteriza por ser una persona de costumbres, tiene hábitos que —sin que ella me permita llamarlas manías— mantiene desde tiempos inmemoriales. Uno de ellos es el jabón en pastilla que se hace ella misma, tras aprender en uno de aquellos talleres a los que asistimos cuando éramos jóvenes. Otra práctica habitual es la de no repetir durante dos días seguidos el mismo recorrido cuando va a correr o a andar en bicicleta; otra la de meterse en la cama siempre con el mismo gesto: sentándose de espaldas e introduciendo primero la pierna derecha; otro la de evitar pisar el tercer escalón de cualquier escalera, saltando inevitablemente del segundo al cuarto. Asegura hacerlo de forma inconsciente, sin saber muy bien por qué. Multitud de hábitos que bien podían llamarse rituales a los que me he acostumbrado hace mucho tiempo y el día que echo en falta alguno de ellos sé que está pensando en algo que no la deja tranquila, uno de esos asuntos que se deben solucionar para poder dormir en paz.

La última vez que se metió en la cama de frente, con la mirada perdida en la almohada, apoyando primero una rodilla y luego la otra fue el día en que le comenté que cabía la posibilidad de que nuestros hijos se intercambiasen entre ellos, dadas las similitudes físicas que había entre todos los adolescentes. Me consta que esa noche durmió intranquila, no sé si porque consideraba aquella posibilidad de que en su casa estuviese durmiendo realmente un extraño, o por cualquier otra razón que no me confesó. A la noche siguiente, creo que ya no recordaba la posibilidad que le sugerí, dado que volvió a meterse en la cama con el ritual de siempre.

—¿Te apetece ir a tomar un zumo al puerto? —propuso—. Es sábado y hace buen día.

Nunca la había visto probar el alcohol. Ni una sidra. Ni un vino. Ni una cerveza. Considera el cuerpo humano un templo y, cuando alguien le ofrece una bebida alcohólica, siempre contesta con un: «el alcohol, para las heridas».

—Claro. Me parece perfecto.

Siempre solemos ir a una sidrería que hay en el paseo del puerto, desde donde podemos ver el Pelusa, el barquito que alquilábamos en época de verano. Ahora pertenece a un marinero retirado que lo usa para ir a pescar con sus amigos. Nos gusta sentarnos en aquella terraza donde tomamos el habitual zumo de Julia y mi habitual cerveza a contemplar el vaivén de las lanchas y recordar aquella época en la que nos conocimos. Solemos encontrarnos allí con una pareja de amigos, también con un hijo llamado Rafael, antiguo compañero de instituto del nuestro.

—Habéis madrugado hoy —comenta Ricardo nada más vernos sentados en la terraza.

Ricardo y Marga son una pareja que conocemos desde niños. Trabajan de maestros en uno de los colegios del pueblo.

—Hemos acabado de correr antes de tiempo —bromeé—.

Por eso llegamos antes.

—Qué gracioso —apostilló Julia—. ¿Qué tal estáis?

—Bien, aunque cansados; ayer nos desvelamos esperando a Rafa. Salió con sus amigos y llegó tarde.

A los pocos minutos, el que aseguraba ser su hijo llegó a la terraza, con la cara inconfundible de haber salido la noche anterior.

—Hola. Me temo que necesito un agua —asíó una de las sillas vacías de la mesa contigua y se sentó con nosotros.

Podría jurar que era el adolescente que instantes antes, en mi paseo solitario, se había quedado mirándome fijamente, pero tampoco puedo asegurarlo, dado que tenía el mismo corte de pelo, los mismos adornos, las mismas maneras que cualquier otro.

—Hay resaca, ¿no? —preguntó Ricardo.

—No. Solo tengo sed —contestó sosteniendo la mirada con esa caída de párpados con la que los adolescentes del pueblo suelen desafiar a sus mayores.

—Por supuesto —prosiguió Marga—. ¿Dónde has estado ayer noche?

—Por ahí —en esta ocasión perdió su mirada entre las lanchas, dando a entender que no pretendía seguir con la conversación.

Con la intención de distender un poco la situación, intervine preguntándole cualquier cosa que se me ocurrió.

—¿Cuándo te has hecho el tatuaje? —pregunté indicándole el que se insinuaba bajo la manga de la camiseta, el compartido por todos los adolescentes.

—Hace muchos años —respondió seco. No supe discernir si su mirada era la de mera curiosidad acerca de la pregunta o de desprecio por haberme inmiscuido en un asunto que consideraba no debía importarme.

—Se lo he visto a algún otro adolescente en el pueblo, ¿verdad?

—No es exactamente igual. Nunca lo son —respondió volviendo la mirada al vaivén de las lanchas.

—¿Y el *piercing* de la ceja? —quise saber.

—Me lo he hecho hace más años todavía.

—También lo llevan muchos adolescentes —respondí con cierta inquina—. Siempre en la misma ceja, ¿verdad?

—No lo sé. Yo lo llevo en esta —respondió señalando la ceja izquierda, indicando algo que no necesitaba explicación.

—¿Por qué tenéis todos el mismo corte de pelo? —seguí insistiendo.

—No sé si todos. Yo, al menos, lo llevo así. También todos los carcas lleváis el mismo, ¿no?

—Rafa, no seas impertinente —reprendió Marga.

—No te preocupes. Es la edad —respondí con una sonrisa peinando mi ya escaso pelo con las manos en lo que pretendía ser un gesto jocoso con el que demostrar que estaba acostumbrado a los comentarios insolentes de un adolescente similar a mi hijo.

Tengo la capacidad de abstraerme durante las conversaciones y recapacitar sobre otros asuntos sin que nadie lo note o, al menos, eso creo. Consiste en mantener la mirada fija en los interlocutores, asentir de vez en cuando y colaborar con una coletilla a cualquier comentario, un escueto «sí, ya te digo», o «según están las cosas» o «cada vez peor», que tanto sirven para las conversaciones sobre política, como para aquellas sobre deporte, religión o trabajo. En aquella conversación sobre todo y nada, en la terraza de la sidrería y acompañados por uno de los Rafaelés del pueblo, estuve de nuevo buscando con la mirada al grupo de adolescentes en el que estaba el *voyeur* de la mañana, si bien me hubiera servido cualquier otro grupo para compararlos con el hijo de mis amigos. No tardó mucho en aparecer una pareja, otros dos chicos con el mismo nombre, con el mismo peinado, los mismos adornos metálicos, el mismo tatuaje y los

mismos gestos, como no podía ser de otra manera. De nuevo perplejo ante la similitud entre el Rafael sentado a mi lado y los Rafaeles que pasaban cerca saludando con un impersonal alzamiento de cabeza al hijo de nuestros amigos. Hace años, había intentado hablar con Ricardo acerca de ello, pero no encontré ninguna respuesta diferente a la que cualquier otro vecino me había dado ya; «es la moda». «Pasajera». «Dentro de un tiempo se peinarán como tú y como yo, vestirán como nosotros y se quitarán todos los aros con los que ahora se adornan». «Les quedará el recuerdo del tatuaje en el hombro como aquellos de los campos de concentración». Por eso mismo, ya no comentaba con nadie las semejanzas. Al principio, intenté convencerme a mí mismo de que exageraba al compararlos y verlos a todos iguales, pero me resultaba imposible volver a considerar siquiera la posibilidad de autopersuadirme. Es como intentar creer en una religión en la que no has sido educado. Algo suena en tu interior para lo que no estás preparado y, por mucho que te seduzca la posibilidad de dormir tranquilo, es imposible la conformidad con uno mismo. Supondría negarte a ti mismo y, como los perros, debemos ser fieles. Al menos a nuestros principios. Sean los que sean.

—Están todos alterados —escuché en la conversación mientras cavilaba viendo alejarse a los amigos del Rafa que estaba sentado a mi lado—. Es el comienzo del curso, supongo —dijo Ricardo. —Sí —continuó Marga—. El comienzo del curso siempre les supone cierta intranquilidad.

—Ya te digo —intervine con una de esas muletillas a las que antes me refería.

Noté, por el rabillo del ojo, cómo el hijo de mis amigos me ofrecía, con pretendido disimulo, miradas inquietas que bailaban desde su vaso de agua, medio lleno o medio vacío según el juez, hasta mí y de nuevo al vaso de agua. Quise creer, como durante la mañana, que lo que le había preguntado había revuelto en su

interior una maraña de sentimientos que habían desembocado en la posibilidad de que considerase, al menos por un instante, la contingencia de verse igual a sus amigos. No supe si lo había conseguido dado que cuando comprobó que yo me había percatado de sus miradas enseguida volvió a perderse en las lanchas del puerto. Supuse que eran meras conjeturas por mi parte, dado que, tanto al episodio con el *voyeur* de la mañana como al de hace apenas unos instantes no le siguieron, sino el beneplácito, sí al menos un «consideraré lo que tenemos de iguales» por parte de los adolescentes. Otra vez una simple hipótesis errónea que no hacía sino alimentar mis inquietudes hacia la ataraxia del resto del pueblo. Aun considero, hoy en día cuando ya todo se ha solucionado, que me generaba tanta congoja la repetibilidad entre los adolescentes como la imperturbabilidad con la que los vecinos aceptaban la situación. Aún hoy no sé cómo eran capaces de distinguirlos ni si, en alguna ocasión, alguno se hizo pasar por mi hijo o, incluso, si alguno hizo los exámenes para los que estaba especialmente preparado, sustituyendo a otro, superando así las pruebas en comuna; tú te presentas a Matemáticas y yo a Lengua, en tu nombre, que es el mío. Como puede hacer cualquier gemelo con su hermano.

II

En Anfitea jamás se había dado el caso de lo que sucedió aquel día en el que un grupo de delfines entró en el puerto y decidió pasar allí la noche. El episodio de los delfines ya había sucedido en otras ocasiones; quizás se resguardaban para protegerse de alguna tormenta, de un depredador o, por alguna extraña razón, preferían pasar la noche cerca de los humanos. Me refiero a lo que aconteció en el hospital de la zona alta de la ciudad en el que habitualmente nacían los nuevos anfitieños. El recién nacido nada tenía que ver con los niños nacidos allí hasta la fecha. Siempre habían nacido niños morenos, más o menos atezados, con la pelusilla abundante y empapada que caracteriza a los bebés que aseguran una futura mata de pelo oscuro.

Nació rubio. La primera impresión de los padres fue de extrañeza. Vieron asomar la cabecita pringosa con una ligera melena amarilla y la sonrisa esperada se volvió horizontal,

